

Nadie la había prevenido de lo que podía ocurrirle si paraba un taxi por la calle. No sabía que eso no se puede hacer. Que una ha de llamar a una compañía conocida de teletaxi, pedir los datos de la matrícula y de la licencia, confirmarlos al llegar el coche, exigir al conductor que ponga los seguros de las puertas... No lo sabía, y probablemente no habría seguido toda esa rutina de haberlo sabido.

China salía del Café de Tacuba para dirigirse al Museo Rufino Tamayo y recorrer esa alma alborotada que es el centro de la ciudad de México. Grandes avenidas y calles angostas, imponentes edificios y casas destartadas, caos urbanístico y caos de tráfico. Paró el primer taxi que pasó frente a ella. Ni siquiera se fijó en el conductor, se

limitó a darle la dirección. El taxista hizo una breve llamada y se puso en marcha. No habían recorrido más allá de nueve o diez calles, secundarias y bastante siniestras las últimas, cuando frenó en seco y un joven moreno de aspecto corriente, con una mochila grande a la espalda y un suéter de rayas verdes doblado en el brazo, abrió de improviso la puerta y se sentó al lado de China. Ella no se dio cuenta al principio de que bajo el suéter empuñaba una pistola con la que la estaba apuntando, ni tuvo tiempo de comprender por qué con la otra mano la obligaba bruscamente a agacharse en el espacio entre el asiento delantero y el suyo. Cuando se percató de lo que sucedía, no le sirvió de nada, ya que el conductor pisó con rabia el acelerador y el coche arrancó, chirriando con obscenidad sobre el asfalto.

Los recuerdos de China sobre lo que aconteció a continuación fluctuaron durante un tiempo por su mente sin orden ni concierto. ¿Adónde me llevan? ¿Van a matarme? ¿Por qué a mí? ¿Me estarán confundiendo con otra? El teléfono. Mi bolso. Mi bolso está al lado de este loco; no va a dejarme coger el teléfono. Permanecía paralizada, las manos sobre la boca, como si quisiera acallarse a sí misma. El corazón, latiendo desbocado. Tenía la pierna mal doblada y la insoportable sensación de estar dentro de una camisa de fuerza que la aprisionaba y le mantenía doblado el tobillo. Le dolía. No podía pensar. Ni tampoco hablar. Atrofia. La atrofia de la mente se le manifestaba en el tobillo y en toda la pierna. Empezó a sudar. A maldecir las limitaciones de su cuerpo. Por Dios, una copa, un cigarri-

llo. Seguía sin poder pensar. A lo mejor era un mal sueño. O había enloquecido y sufría alucinaciones. No hacía ni veinte minutos estaba feliz en la cafetería. Y reinaba sobre el mundo. Y el mundo acataba su reinado. Con su vestido veraniego de seda india color arcilla, corto, incluso audaz, había acaparado las miradas de una mesa de ejecutivos que tomaban el desayuno de media mañana. A sus años. Seguía atrayendo las miradas masculinas a pesar de sus años y de la perplejidad que ello le provocaba. Y ahora en ese taxi, dirigiéndose Dios sabe adónde, secuestrada por dos lunáticos. Ya no reinaba, y su mundo había dado la vuelta. Nadie hablaba, el joven respiraba fuerte. Al cabo de unos minutos, no sabría decir cuántos, ellos dos intercambiaron algunas palabras. Los escuchaba a medias, no podía prestar demasiada atención porque seguía intentando calmar su ansiedad y poner las ideas en orden.

— Ponle el paliacate, güey. Que después hasta le puedes dar uno.

— ¡No mames! Ni tengo ganas de chistes. No hay pedo que vea.

— Reconocerá el camino.

— ¿Y qué, güey? ¡No hay bronca! No va a poder hacer nada.

— ¿Adónde me lleváis? — pudo al fin articular ella.

— ¡Mira nomás! ¡A poco levantamos una españolita!

— Si queréis dinero, tomad lo que llevo, pero soltadme, por favor.

Se asombró de ser capaz de proferir sonidos inteligibles con cierta naturalidad. No le contestaron.

Veía de reojo cómo el paisaje urbano se iba convirtiendo en uno de aire más rústico y suburbano. Y advertía un cambio en el firme de la carretera. Transitaban en aquel momento por una calle mal asfaltada o sin asfaltar. Por alguna oscura razón, el ambiente parecía haberse normalizado en el rato transcurrido desde que habían roto el silencio. Tras media hora larga de dolorosa postura, con la pierna doblada, a gachas en el exiguo espacio tras el asiento del conductor, el joven le indicó con un gesto, tan desabrido como el anterior, que ya podía sentarse. Se sentó, volvió a ponerse las gafas de sol, que habían caído al suelo, y se acurrucó en el rincón del asiento. Echó un vistazo a su bolso, pero seguía sin atreverse a cogerlo. Recorrieron calles, descampados y casas aisladas durante mucho rato. Según el reloj, durante otra media hora más, pero a ella le pareció una eternidad. Cerró los ojos. ¿Me habría ocurrido esto de haber permanecido en España con Isaac? ¿Me equivoqué abandonándolo? ¿No supe valorarlo? Malo si no me quieren, malo si me quieren demasiado. La embargaba una vaga nostalgia de la serenidad que siempre le transmitió Isaac, de sus brazos estrechándola, de su respiración rítmica cuando dormían entrelazados. Tal vez no llegó a corresponderle, a quererlo lo suficiente, pero sí apreciaba su protección, casi paternal, su calor, el peso de su pierna sobre ella cuando sonaba el despertador, sus desvelos constantes, sus atenciones.

Volvían a hablar entre sí los dos lunáticos; intercambiaron un par de frases, en un chilango ininteligible para ella. Atravesaron un pueblecito, otro más y luego entra-

ron en un camino estrecho. Estaban decididamente en las afueras de la ciudad. Se detuvieron en un descampado. A pocos metros había una casucha. Los dos bajaron y le indicaron con un gesto que lo hiciera ella también. Se resistía.

—No me matéis.

El conductor, enjuto, vulgar, un cincuentón de ojos diminutos y mirada incómoda y acerada, aunque no especialmente malcarado, le dijo que no iban a matarla. Ella bajó despacio del coche, y el joven se puso inmediatamente a su lado y de nuevo la apuntó con la pistola.

—¿Me está apuntando tu amigo, y dices que no me vais a matar?

—Tranquila, güerita, no le vamos a hacer nada. Deme el bolso, el reloj y el celular. —Otra vez el conductor.

Ella temblaba mientras se quitaba el reloj y se lo tendía junto con el bolso. Él extrajo la cartera, la abrió y se metió en el bolsillo los poco más de mil pesos que encontró, el reloj y las dos tarjetas de crédito, después de echar un vistazo a estas últimas y murmurar: «Regina, ¿eh?». Se quedó con el teléfono móvil en la mano y le devolvió el bolso con la cartera.

—Chale, güey, ¿y si mejor la regresamos? Una gachupina..., no lo veo claro —dijo el joven.

—¡Híjole! ¿Me saliste malinchista, cabrón? Ni te me vayas a arrugar ahora. Conseguiremos tantito más varo que esa mierda que lleva encima nuestra Reginita.

—A ti todo te vale madre, pero yo veo que aquí la podemos amolar.

Ella seguía temblando, pero pudo articular que era una simple turista pasando unos días. Luego les preguntó que quiénes eran ellos. El taxista, que parecía llevar el mando, le contestó que «terroristas musulmanes», y se echó a reír. La broma no distendió el ánimo de China, sino que le hizo dudar de si presagiaría lo peor, de si implicaba un grado significativo de psicopatía por parte de ambos. A continuación, el taxista dio un par de instrucciones al joven, que ella no alcanzó a comprender, y le indicó con un gesto la casucha que se hallaba a pocos metros:

—Y ya sabes lo que tienes que hacer en el cantón.

Mientras se lo decía, empezó a accionar el móvil de China. Buscaba la agenda de números de teléfono.

—A ver, mi reina, déjeme el número de la persona que la va a salvar —dijo tendiéndole el móvil—. Y que no se le ocurra ninguna jalada porque la quiebro.

Ella lo cogió. Le temblaba todo el cuerpo cuando accionaba la pantalla. Señaló un número y le devolvió el aparato.

—Este.

—¿Y este güey quién es, y a qué se dedica?

—Es mi hermano... Se llama Andrés.

—Eso ya lo veo. —Hizo un gesto de impaciencia—. Lo que necesito es el apellido y dónde se encuentra.

—Andrés Juncosa. Trabaja en Distrito Federal. Esta mañana creo que está fuera de la ciudad.

El jefe se guardó el teléfono en el bolsillo. No la volvió a mirar. Dio media vuelta y abrió la puerta del coche. China, inquisitiva, giró la cabeza hacia el joven. Era esbel-

to, no demasiado alto, de aspecto mestizo, con ojos rasgados y cejas espesas que casi se le juntaban en el puente de la nariz. Forzaba en aquel momento una sonrisa que de haber sido auténtica habría tenido su atractivo porque dejaba al descubierto unos dientes muy blancos y le acentuaba un hoyuelo en la barbilla. Pero era una sonrisa tensa.

El taxista dirigió un silbido al joven.

—Lucio, el morral —le gritó.

Luego le tendió la mochila y el suéter, que se habían quedado en el asiento posterior del coche, se puso al volante, dio la vuelta y se perdió en la curva del camino en dirección a la ciudad.

China

No lo vio en la sala, la puerta de la biblioteca estaba cerrada. Se miró en el espejo con marco de grisalla, majestuoso, que dominaba una de las paredes. Sus ojos castaños la observaban con una vaga desazón, los labios, llenos y bien dibujados, ahora en un mohín que indicaba nerviosismo e inquietud. Tenía que atravesar la sala y luego la biblioteca hasta llegar al despacho, donde se encerraba su padre cuando estaba en casa para poder trabajar o leer con tranquilidad. El terror con el que China se enfrentaba a esas conversaciones trascendentales en el marco sombrío del despacho se trocaba muchas veces en alivio una vez que salía de este; era como un acto de purificación de los pecados que sabía que él le adjudicaba. De todo aquello que la hacía sentir culpable. Aunque, cuando

le suponía una tortura insoportable hablar con él, cuando el pecado era desmedido y no podía reunir las fuerzas suficientes para afrontarlo en el despacho, buscaba el apoyo de su madre, doña Regina. Pero no era lo mismo: esa reconciliación con el Bien en mayúscula, con la parte moralista de la conciencia, era más significativa, más perceptible con su padre. Salía flotando de la charla o de la reprimenda, distendida y casi feliz, con una alianza renovada contra el Mal, como después de la confesión cuando era pequeña y todavía iba a la iglesia.

Puso la mano en el pomo de la puerta y se quedó inmóvil. Con los ojos cerrados veía la escena que iba a vivir a continuación, pero sobre todo la imagen de Él: grande, imponente, con corbata y traje gris (sus trajes eran invariablemente grises), las gafas de concha descansando en medio de la nariz, los dedos de uñas bien cuidadas removiendo algún que otro papel, los ojos escrutadores. La facilidad, nitidez y minuciosidad con las que China visualizaba con los ojos cerrados cualquier situación eran asombrosas, incluso para ella misma. Había preguntado a veces a sus amigos si era esta una condición normal, pero nadie parecía poseer su grado de habilidad. Ahora, al tiempo que lo imaginaba dentro del despacho, analizándola sin piedad por encima de las gafas, su corazón, abrumado, se enfrentaba — también como casi siempre — a sentimientos opuestos de rebeldía o veneración hacia él. A ratos lo odiaba. Había llegado a sentir placer, un placer inconfesable, cuando se lo encontraba de pronto postrado por algún dolor de cabeza o de estómago, cuando se ponía de manifiesto

que también él sufría penalidades o angustias, que no era todopoderoso. Y a ratos, sin embargo, ese odio se disipaba y dejaba lugar a un sentimiento de piedad o incluso de ternura.

Entró en la biblioteca, donde olía a su autoridad, a su *aftershave*, a libros antiguos, a moho y a polvo. En la biblioteca el silencio era absoluto y la luz pobre a cualquier hora del día; cuando hacía sol, las persianas a media asta y las cortinas casi cerradas opacaban la luz, y de noche, dos exiguas lamparitas la sumían en una semipenumbra. Era la antesala del sanctasanctorum, del despacho. Instintivamente se puso a andar de puntillas, como cuando Andrés era un bebé y dormía, para que sus pisadas no hicieran crujir el viejo parqué. En cuanto tuvo conciencia de que estaba intentando no hacer ruido, sus músculos se contrajeron y el corazón se puso a latir con más fuerza. Tocó con los nudillos la puerta de roble del despacho, que no estaba del todo cerrada, y al hacerlo quedó medio abierta. Se oyó un murmullo supuestamente aprobatorio. Empujó algo más la puerta y se quedó en el quicio. El olor de la habitación era el de siempre. No exactamente como el de la biblioteca, pero parecido. El despacho no tenía las persianas bajadas, y una claridad azulada se colaba por entre los pliegues de las cortinas de organdí y rielaba sobre el parqué.

Su padre no estaba detrás del escritorio, sino sentado en el sillón de lectura, con unos documentos en el regazo. Sin levantar la cabeza, repitió el murmullo supuestamente aprobatorio.

—Papá, quería hablar contigo.

— A la hora de comer, Regina. Ahora tengo que acabar esto.

Era el único que la llamaba por su verdadero nombre. Para distinguirla de su madre, él se dirigía a ella pronunciando el nombre en catalán, y fue precisamente eso lo que propició el apodo de «China», cuando el pequeño Andrés, al empezar a hablar, la llamó así porque le resultaba más fácil pronunciar la «ch». Ella suspiró, se quedó unos segundos en suspenso, dio media vuelta, atravesó la biblioteca y se sentó en el sofá del salón. Allí permaneció inmóvil, incapaz de hacer nada hasta la hora de comer y deseando que esta llegara para quitarse de encima la ineludible conversación. En su interior sentía acercarse la tormenta. ¡Cuántas veces, de niña, sentada en el mismo sofá de terciopelo granate, se había encontrado en idéntica circunstancia! Había roto con la religión, después de muchos esfuerzos, de muchas dudas, de muchas luchas internas; y en su momento le pareció que, una vez lograda la proeza, la relación con su padre cambiaría sustancialmente. Que una cosa estaba ligada con la otra. Pero no ocurrió así. ¿Hasta cuándo tendría que pasar por estos lapsos amargos y humillantes?

Se repetía, pues, la escena. Una vez más. Como en tantas otras ocasiones durante su infancia, se lamentaba de que sus tormentos internos hubieran colmado el vaso, de que la fatalidad de su sino la iba a hacer explotar. Y no podía controlar las imágenes horribles que pasaban entonces por su cabeza. Horribles pero liberadoras, porque con ellas vengaba su sufrimiento. En algunas, no era ella la

justiciera directa, sino la providencia en forma de hecatombe climática. Un terremoto destruía su casa y las de alrededor, todo el barrio, gran parte de Barcelona. Y ella se encontraba sola, obligada a empezar una nueva vida, con una nueva familia que no la agobiaría con agoreros vaticinios de pecados e infiernos, que la dejaría ser ella misma. En otras ocasiones, era ella quien tomaba las riendas del asunto y se erigía en vengadora, cansada de esperar un cataclismo que no llegaba. Y huía para siempre con una maleta pequeña, sin dejar aviso. ¡Que sufrieran como la habían hecho sufrir a ella! ¡Que les carcomiera la culpa como le había carcomido a ella! ¡Que se enteraran de lo que vale un peine! Eran imágenes atroces, pero le venían espontáneamente, las necesitaba. A lo peor la perseguiría la policía. Como a los malhechores que salían a veces en la televisión. Y también a lo peor, la devolverían a sus padres, esposada. Pero si esto ocurría, ella no iba a comportarse como esos desgraciados a quienes veía en el telediario, cabizbajos y humillados, rodeados de policías, y a quienes insultaban un montón de personas congregadas frente al juzgado. Ella se comportaría como los detenidos de guante blanco. Esos que van con la sonrisa despreciativa en la boca, mirando hacia delante, la cabeza alta, pensando que cuando estén ante el juez su abogado los sacará del lío. Y a veces imaginaba que ese juez era directamente Dios. Y ella se encaraba con Él y le reprochaba todos esos mandamientos que no había quien los cumpliera. ¡Me estás oprimiendo! ¡Has incitado a mi padre para que me haga la vida insufrible valiéndose de tus leyes, aprovechándose de su superioridad,

humillándome con la excusa odiosa de las buenas intenciones! Nunca podré sustraerme del pecado, porque cualquier cosa lo es.

Confrontada con las represiones educacionales del pasado, China era ahora por fuera una mujer, pero no tenía aún resueltas por dentro todas aquellas emociones. Seguía aterrorizándole hablar con él. Y eso que había escogido ese día, el diez, porque era su cifra de la suerte. En medio de su ensimismamiento, irrumpió desde la cocina, repentino y prosaico, el ruido de la batidora, que truncó de golpe sus pensamientos y la devolvió al mundo real, al salón, al sofá de terciopelo granate, a la inminente conversación.

—¿Qué querías decirme? —fueron las primeras palabras de su padre cuando se hallaban sentados a la mesa.

Su madre se hacía la desentendida y susurraba algo a la camarera. Ignacio sí la observaba, con cierta aprensión. ¿Por dónde va a salir esta ahora? Andrés era demasiado pequeño para enterarse de nada. Solo protestaba porque no quería cojines en su silla.

—Llego perfectamente a la mesa —decía—, tengo diez años y llego perfectamente a la mesa.

—Pues... —empezó China, mirando subrepticamente a su madre en busca de apoyo—. Bueno, el otro día ya le dije a mamá que estaba preocupada por este tema, pero como quedamos en que lo hablaría contigo... Se trata de lo que quiero hacer el próximo curso.

—¿Y qué quieres hacer el próximo curso?

—Pues... me gustaría estudiar Bellas Artes, pintura.

—Sentía cómo se aproximaban las nubes negras presagian-
do tormenta.

—¿Pintura?

China volvió la mirada, ahora sin tapujos, hacia su madre, buscando ayuda; pero esta no intervenía, no decía nada, ni siquiera los miraba. Entonces cogió un trozo de pan y lo mordisqueó, antes de atreverse a responder.

—Sí, mi idea es dedicarme a pintar, profesionalmen-
te, quiero decir.

—Si quieres estudiar, hay otras carreras más apropia-
das para una chica —fue la respuesta de su padre, anacró-
nica pero bastante menos extemporánea de lo que esperaba.

—Pero es que yo quiero pintar... Es lo que me gusta.

—En ese caso, podríamos buscar clases particulares,
algún profesor o profesora que te enseñara, no sé...

—Yo quiero hacer Bellas Artes en La Llotja y apren-
der de verdad. Ignacio está haciendo Medicina, que es lo
que quería —contestó, midiendo las palabras, pronuncian-
do con cuidado cada sílaba, despacio, envalentonada por
la pronta e inesperada dispersión de los nubarrones de tor-
menta.

—Bueno, bueno, ya lo hablaremos.

Por lo menos esta vez la sangre no había llegado al
río. Incluso sin la ayuda de su madre, le había arrancado
el ansiado «ya hablaremos», cuyo rango equivalía en prin-
cipio al de un sí rotundo.

Pero aún no le correspondía celebrarlo. Acumulaba
experiencias previas de haberse creído triunfadora tras al-

guno de estos encuentros en los cuales se vio obligada a pedirle algo a su padre, experiencias amargas de haber sentido por unos instantes que sus deseos se podían hacer realidad, para ver cómo luego cambiaba radicalmente la situación. ¿Qué iba a pasar ahora? Estaba dando por sentada su aquiescencia; aunque a él no le entusiasmara, por supuesto, la idea de una hija artista, esta vez no había pronunciado el usual NO, aquel que no tenía vuelta de hoja. Pero no había aún nada seguro, lo percibía. ¿Y si era ella misma quien perdía la confianza y se debilitaba su postura? ¿Y si se dejaba intimidar en la próxima conversación? Porque habría próximas conversaciones, forzosamente. Y aun en el caso de que ella se mantuviera firme y llevara hasta el final su voluntad de rebeldía, podría ocurrir que Él, su padre o Dios mismo, encontrara en el último minuto la mistificación necesaria para hacer valer su superioridad, esa jugada definitiva de jaque mate que los mayores, los grandes, los poderosos, encuentran demasiadas veces en el último minuto. Y lo que seguiría entonces era demasiado doloroso para perder el tiempo imaginándolo. Porque representaba asumir de nuevo la imagen de una China pequeña, débil y humillada.

Ante tales antecedentes, ella rehuyó cualquier posterior conversación con su padre que pudiera derivar hacia el tema de sus estudios. Con el refrendo de doña Regina, siguió toda la burocracia para inscribirse en La Llotja; ninguna de las dos mencionó el tema delante del padre durante más de un año, es decir, durante todo el primer curso. Simplemente, en familia no se tocaba el tema de sus activida-

des académicas, como si no existieran. Durante las comidas se hablaba de los estudios de Ignacio y de Andrés, pero nunca de los de China. Tanto ella como su madre intuían que él consentía la situación, convencido de que como la niña era guapita acabaría casándose con un buen partido, teniendo hijos y desarrollando la profesión que debería ser la suya, es decir, ninguna, ni la de ama de casa, porque la boda con un buen partido siempre acarrea el pertinente servicio doméstico. Pero ella tenía, desde niña, otros planes bien diferentes. Doña Regina, madre perfecta, esposa perfecta, impecable en todo momento, había dejado en suspenso su carrera de escultora, tal vez merecedora de un futuro brillante como así lo atestiguaban los tres bustos arrinconados en una vitrina mal iluminada del pasillo, lejos de la lujosa colección de objetos de arte estratégicamente distribuida por el salón. China, a lo largo de los años, le había preguntado en cuatro ocasiones por qué dejó de esculpir; las cuatro respuestas habían sido idénticas y acompañadas de la misma entonación de *no-te-enteras-de-lo-obvio*:

— ¡Pues, porque me casé!

Hacía tiempo que no se lo preguntaba: desde que la decisión de desagaviar la vocación frustrada de su madre había cuajado definitivamente en su interior.

— Pascal, lo estoy consiguiendo. Mi padre ha tragado.

China sonreía a su amigo. Estaban sentados en el Café de la Ópera, en Las Ramblas.

— Pues no es tan ogro como lo pintas.

Pascal levantó su vaso de cerveza y lo chocó con el de ella, que estaba sobre la mesa. Diletante, mitómano, implacable en su lucidez y homosexual de toda la vida, la conocía mejor que nadie. Habían ido juntos al instituto y estaban empezando juntos la carrera en La Llotja; se compenetraban a la perfección.

—Nunca dije que fuera un hijoputa.

—He dicho ogro.

—Bueno, da igual. Tampoco dije que fuera un ogro. Él actúa, supongo, como cree que se debe actuar. Lo que pasa es que se equivoca.

—Ya. Lo mismo que mis padres. Siguen preguntándome que por qué no tengo novia. ¡Y mira que está claro!

—Quizá de momento no lo quieren ver. Pero tus padres no son tan estrictos como los míos. Tienen bastante más sentido del humor. Acabarán aceptando que lleves novios a casa.

—¿Crees que tiene que ver con el sentido del humor que acepten que no va a haber novia sino novio? ¡No me jodas!

—¿No dices tú mismo que el sentido del humor es un vehículo de emociones?

—De algunas...

—Lo será en este caso. Ya verás. Tus padres han demostrado que son imaginativos, o no se les habría ocurrido ponerte nombre de apellido francés, por ejemplo.

—Lo de Pascal es porque mi madre es fanática admiradora del filósofo matemático. Me da la impresión de que encontró en sus teorías la manera de justificar su fe cris-

tiana ante mi padre, que es un ateo y un rojo recalcitrante. Pascal tenía una filosofía opuesta a la de Descartes y propia de un creyente. No sé, a mí no me interesa tanto el tema como para meterme en sus disputas intelectuales, pero sé que mi nombre viene de ahí.

—Pues a mí todo eso me dice mucho de tus padres. ¡Qué maravilla desayunarse con discusiones sobre Descartes! Y qué lejos está tu familia de la formalidad crónica de la mía.

—Quizá, pero no van a dejar que me descare y presente a mis novios al resto de la familia y amigos. Me pedirán, como mínimo, discreción. Si no me echan de casa cuando se enteren, claro. Que a lo mejor estoy siendo demasiado optimista...

Mientras hablaba, China cogió el bolso que descansaba a su lado en la silla vacía, un bolso muy italiano, con muchos compartimientos. Extrajo un cigarrillo.

—¿Ya vuelves a fumar? ¡Qué pesada eres con el tabaco! Me dijiste que lo dejabas —protestó él.

—¡Ay! No te metas otra vez conmigo. Ya lo dejaré el mes que viene. Hablábamos de tus padres y de que, desde luego, son mucho más progresistas que los míos. Lo de tu homosexualidad van a aceptarlo, ya verás. Si no te atreves a decírselo ahora, se lo sueltas cuando tu hermana los llene de nietos y estén suficientemente distraídos con ellos... o en Carnaval. Que lo de las caretas y los matasuegras da para mucho.

—No seas cínica. —Pascal cambió de tono—. ¿Sabes? Creo que la mayor diferencia entre tu familia y la mía

es el estatus social. Como en la clase media normalita somos más declaradamente antifranquistas, pues también somos anti otras muchas cosas, y no nos complicamos tanto la vida con hipocresías. Porque ¿qué dicen tus padres cuando hablan de Franco? Yo aún no lo tengo claro.

China contestó con un encogimiento de hombros y un gesto vago de la mano que sostenía el cigarrillo. Pascal continuó:

—En tu casa se respira un montón más de convencionalismos, de normas de conducta, etcétera. Cuando me invitas a comer lo paso fatal porque nunca me acuerdo de en qué momento exacto tengo que colocarme la servilleta en su sitio, ni si puedo o no puedo comerme el pan antes de que sirvan el primer plato.

—Y la camarera te pega un susto cada vez que se te aproxima por detrás para preguntarte si quieres repetir, ¿te acuerdas?

—No me hables...

—Al principio me costó convencer a mis padres de que eras simplemente un amigo y no un novio.

—Sí. Me lo contaste. Pero ahora lo ven claro porque saben que tienes a Gonzalo.

—Bueno no hay nada concreto con Gonzalo. Por eso no quiero aún que vaya mucho por la casa. Todavía no lo veo claro.

—Si quieres te digo lo que pienso de él...

—Vale. Pero ya lo sé. Piensas mal.

—Pues sí, es un pijo rematado. No me entusiasma para ti, qué quieres que te diga.

—No, a ver..., está bien que me digas la verdad. Es lo que espero de ti. Pero no entiendo por qué no te gusta. Es majo, es buen tío...

—Y manejable y tontito...

—No, no lo conoces bien. Además, sabes que a mí no me gustan los típicos machos.

—Ya, pero entre el macho rudo y agresivo, que supongo es lo que quieres decir con lo de típico, y un tío débil y tontorrón que va a hacer todo lo que le pidas aunque sean estupideces...

No había acabado la frase cuando entró en la cafetería un vendedor ambulante enarbolando un juguetito absurdo que se encendía con luz fluorescente mientras sonaba en su interior una música machacona. Uno de los camareros lo miró y empezó a gritar: «Señores y señoras, vigilen sus carteras, y agarren sus pertenencias». El vendedor ambulante, cuyas intenciones eran por lo visto conocidas en el barrio, dio media vuelta y huyó calle abajo. China había apagado el cigarrillo tras unas pocas caladas y estaba en aquellos momentos revolviendo en los compartimientos del bolso con parsimonia. Pascal sonrió al ver que su gesto no estaba relacionado con la advertencia del camarero. Buscaba el lápiz de labios; querría retocárselos después de fumar: un gesto habitual en ella, siempre tan pendiente de sus cosas y de sí misma, tan despreocupada de lo que la rodeaba.

—Es que no soporto el autoritarismo en un hombre —dijo mientras utilizaba, sin espejo y con pericia, el lápiz de labios—. Llevo sufriendo dieciocho años de do-

minación despótica de mi padre, sintiéndome culpable todas las horas del día que paso en casa y por las razones más idiotas.

—Pero si ya decidiste que no crees más en el pecado y esas tonterías...

—Pues a pesar de eso sigo sintiéndome culpable por cualquier cosa.

—Te entiendo, ¿sabes? Porque yo, que he sido educado en un ambiente más distendido y tolerante que el tuyo, tampoco tengo claro cómo enfocar las diferencias con mis padres. Siento a veces remordimientos y no sé por qué.

—Vivimos en una cultura que nos culpabiliza, que nos reaviva todo el tiempo los sentimientos de culpa. Cada vez que nos cruzamos con un policía se nos encoge el corazón aunque no hayamos hecho absolutamente nada. ¿No te preguntas por qué? Yo sí, y lo único que se me ocurre es que lo que nos rodea nos hace sentir así.

—Evidentemente, la religión y Franco. Mira tú. Está clarísimo. Por eso es tan importante librarnos de la religión, ya que de momento no podemos librarnos del gobierno. ¡Ah!, y no me has contestado si tus padres son franquistas.

—Bueno, franquistas, franquistas... no. Meapilas... La burguesía catalana es toda ella meapilas. Casposa y meapilas.

—¡Esto es lo que me gusta de ti, coño! Que estando metida hasta el cuello en el ambiente en que estás, seas capaz de analizarlo desde fuera.

—Tú lo has dicho. Hasta el cuello, o sea, tengo la cabeza fuera, entera. Y ya sabes lo que piensa mi cabecita políticamente.

—Pues tu cabecita parece no enterarse de la pinta que tiene tu novio ni de cómo habla.

—Estás exagerando. No quiero discutir más de Gonzalo. Y mis padres..., yo creo que tanto ellos como muchas otras familias de su estilo han visto siempre a Franco como un militar ignorante y zafio. Gustarles, no les gusta. Pero no se habla mucho del tema en casa... Bueno, no se habla nada. Son de derechas, eso sí; estaban en el bando contrario a tu familia. Esto ya lo hemos discutido otras veces.

—Es curioso que a nosotros no nos haya afectado nada que nuestros abuelos lucharan el uno contra el otro, que se odiaran tanto como seguramente se llegaron a odiar.

—Mejor, ¿no te parece? Sería horrible que continuáramos con las mismas tonterías.

—De tonterías nada, joder. Ya vuelves a ponerte frívola. Para los que no podían expresar libremente sus ideas no eran precisamente tonterías.

—Bueno, no hablemos de la guerra, por favor. Además Franco está en las últimas. ¿No lo viste ayer en el telediario? Si parecía un robot. Se va a morir de un momento a otro, y se huele ya el cambio. Tú mismo lo dices.

Dos meses después, China salía de clase con aire contemplativo y paso lento. Esperaría a Pascal en la cafetería; los lunes él acababa media hora más tarde que ella las clases.

Seguía abrumada por las distintas emociones que su primer encuentro sexual le había provocado casi veinticuatro horas antes, en el asiento trasero del coche de Gonzalo y frente a la panorámica de la ciudad, en la falda del Tibidabo. La experiencia amorosa se repetía machacona en su cabeza con la claridad de lo que no puede obviarse, de lo que se debe afrontar y analizar a fondo, de todo aquello que resulta engorroso pero ineludible. Era como si su vida y el ambiente que la rodeaba hubieran de pronto trocado su naturaleza habitual, y tuviera ella que buscar nuevos significados para entenderse a sí misma y entender su circunstancia. Se cruzó con Patricio, un compañero de curso, quien la miró inquisitivo porque no era muy usual ver a China con aire ensimismado.

—¿Qué?

—Nada.

—Te veo rara...

—Estoy esperando a Pascal.

—¿Tomamos un café?

—No.

—Vale, como quieras.

—Adiós.

Quería quitárselo de encima. Le apetecía hablar del tema con Pascal, pero, por supuesto, con nadie más. Se volvió, dando por terminada la conversación con Patricio, con la actitud, casi sonámbula, de quien está por encima de las banalidades del mundanal ruido y necesita recluirse. Sus compañeros de curso aseguraban que tenía la arrogancia de una tigresa y la conciencia de una raposa, pero se lo

perdonaban porque ella siempre lo compensaba con su ingenio.

Entró en la cafetería, pidió un café en la barra y se lo llevó a una mesa. Tras varios minutos en blanco durante los cuales se entretuvo removiendo el azúcar, le empezó a crecer una desazón que fue extendiéndose en su interior, desde el estómago a la cabeza, para acabar convertida en genuina angustia existencial. No, no iba a confesarse con Pascal, no iba a hacerle partícipe de los sombríos pensamientos que vomitaba en aquellos momentos su memoria, porque él insistiría en el absurdo, en el anacronismo, de su relación con Gonzalo. No iba a poder contarle nada positivo de aquel primer coito fallido. Fallido, por lo menos para ella, doloroso, aciago, casi patético. No solo no había sentido ningún placer sino incluso disgusto, tristeza, sensaciones ciertamente inesperadas. Se había repetido a sí misma que quizá era normal la primera vez, al menos eso dicen, pero no se convencía. Había algo más, algo todavía indefinible que la desasosegaba. Y hasta que lo definiera, no iba a compartirlo con Pascal. Decidió pues que el tema del día, el tema tapadera, alternativo al de su insatisfacción sexual, sería su reciente suspenso de la asignatura de Estampación.

—No me sueltes ahora el rollo de que el profe te odia.

—¡Pero si es verdad, Pascal!

—No, no lo es. Lo que pasa es que eres una pija indomable y le contestaste mal el otro día.

— ¡Ufff, déjame en paz! Hoy me caes fatal.

— Yo tampoco me caigo bien. He tenido un mal día. Pero a ti alguien tiene que decirte las verdades. Le contestaste mal al profesor y estas cosas se pagan caras. No entiendo por qué te pones tan borde a veces, cuando los que te conocemos bien sabemos que en el fondo eres una tía muy legal. La profesora de pintura, por ejemplo, te adora, te trata como a un genio. Lo tendrías fácil con las demás asignaturas si no se te cruzaran los cables de vez en cuando.

— No se me cruzan los cables. Es que odio la clase de Estampación y lo odio a él, que es un cretino. Y lo que le contesté cuando se metía conmigo por meterse no se me escapó; yo era plenamente consciente de lo que decía.

— Bueno, haz lo que te dé la gana, pero, sea como sea, te veo hoy más preocupada de lo normal. Te pasa algo más. ¿Qué me ocultas?

— Nada — mintió ella.

— Bueno, si toda tu inquietud es este suspenso ya puedes despreocuparte. A ti lo que más te interesa es la pintura, ¿no? Y se te da muy bien, o sea que haz lo que quieras, no acabes la carrera si no te da la gana, porque para ser artista nadie te va a pedir diplomas académicos. Yo quizá sí voy a necesitarlos porque a lo mejor me dedico al arte, pero a enseñarlo o a venderlo, no a crearlo. Yo no soy artista.

Abandonaron la cafetería y caminaron hacia el metro. Al pasar por delante de una tienda de láminas y carteles, ella echó una mirada distraída al escaparate.

—Tendrás una galería preciosa y me representarás y ganaremos muchísimo dinero.

—Tengo muy claro que si monto una galería expondré lo que me apetezca. No voy a caer en lo comercial, como hacen los galeristas que solo venden paisajes y bodegones. Introduciré en el mercado a los artistas que valgan la pena y que se arriesguen. Y, desde luego, a ti entre ellos.

—Yo no me estoy arriesgando demasiado. Todavía no me atrevo... Me veo expresionista, ¿tú cómo me ves?

—Creo que estás a medio camino entre el expresionismo y el surrealismo. El concepto de lo que haces es surrealista, bueno, yo diría surreal, porque mezclas los elementos más insólitos pero, en cambio, el tratamiento está más cerca del expresionismo.

—Lo que quiero es pintar el mundo que nos rodea, lo conocido, pero hacerlo a mi modo, lograr que pierda su familiaridad, su vulgaridad.

—Ya lo logras. Logras que aparezca otro mundo, un mundo..., cómo diría..., peculiar, o más que peculiar, inconcebible, en el sentido literal de la palabra. Es lo que más me gusta de tu pintura, porque no recurres a automatismos sino que dejas aflorar tu inconsciente, aunque este sea de caos o de agresividad.

China le cogió del brazo y se rio.

—Me encanta cuando te pones intelectual. Y eso que me acabas de llamar caótica y agresiva... Lástima que no te gusten las mujeres. —Lo miró con pretendida y exagerada lujuria al decirlo.

Cruzaban en aquel momento un sector de las Ramblas abarrotado de viandantes y de pequeños comercios, establecimientos exóticos con perenne olor a pachuli y a ajo, en cuyas estanterías se exhibía una mezcolanza de especias, productos de cosmética e indefinibles tarros de alimentos; tiendas de bisutería; otras de artículos turísticos donde se mezclaban las camisetas del Barça con sombreros mexicanos; y después un bar, una carpintería, otro bar. Cuando dos hombres de indeterminada etnia eslava, que vociferaban más que hablaban delante de uno de esos escaparates, pararon en seco la conversación para repasar de arriba abajo a China con la mirada, esta movió la cabeza y se retiró los rizos negros que le tapaban la frente, bajando los ojos y sonriendo con un gesto anticuado y encantador.

—Oye, aunque no me gusten las mujeres, tampoco me gusta que me tomen por un gilipollas. No te me pongas a coquetear con otros cuando vayas conmigo.

—¡Qué más te da! Mira tú este...

—Pues me da, porque estos dos tipos, por ejemplo, no saben si soy tu pareja, y me están ninguneando con sus miradas a tus tetas y tus piernas.

—Me miraban a la cara.

—Te están desnudando con la mirada. De arriba abajo. Que a mí no se me escapa nada.

—¡Qué plasta estás hoy! A ver si mañana te levantas de mejor humor.

Habían llegado al Paseo de Gracia donde Pascal tomaba el metro y Gonzalo aguardaba a China dentro de su Audi dos plazas. China se despidió de Pascal con un beso.

Pascal la siguió con la mirada. Acababa de irse y ya la echaba de menos. Pero la vería al día siguiente y estaría más tiempo con ella que el propio Gonzalo. Seguro que con él no compartía tantas vivencias. Era muy consciente de la fascinación que sentía por China, fundamentada básicamente en la riqueza de expresiones que veía en ella; o más bien en los contrastes de esas expresiones. A su lado era imposible aburrirse. Tanto le sugería la más completa cordura y serenidad un día, como una absoluta insensatez al siguiente. En ocasiones era altiva y caprichosa, y en otras mostraba repentinos ramalazos de timidez y desaliento, pero sus mejores amigos sabían que era sincera, entregada y generosa. Pascal ya había diagnosticado que ese carácter incoherente se debía a su excesiva sensibilidad, a su intensa capacidad de acusar hasta los más leves movimientos del mundo exterior, y que era normal que ello trastornara su equilibrio interno y la hiciera tan contradictoria, frágil y vulnerable. Él era a menudo sufrido testigo de episodios de angustias, desolaciones y culpabilidades profundas por parte de su compañera y amiga, pero estaba convencido, desde que ella le enseñó los álbumes de dibujos atesorados desde la infancia, de que su libertad creadora lograría trascender aquel cúmulo de emociones aparentemente absurdas y desconcertantes para los demás. El universo de aquellos dibujos hablaba de tribulaciones, de humor negro, pero también de temperamento e ingenio artístico.